

nes espirituales, sino por su dedicacion al prójimo; no encuentra felicidad ni consuelo, sino en la práctica de la caridad; sed buenos, sostened á vuestros hermanos; dejad á un lado la horrible llaga del egoismo; llenado este deber, debe abriros el camino de la vida eterna. Por lo demas, ¿quién de entre vosotros no ha sentido latir el corazon, dilatarse la alegría interior, al relato de un bello sacrificio, de una obra verdaderamente caritativa? Si vosotros no buscáseis mas que el placer que produce una buena accion, permaneceríais siempre en el camino del progreso moral. Los ejemplos no os faltan; no hay mas sino que las buenas voluntades son raras. Ved la multitud de hombres de bien de quienes la historia os recuerda la piadosa memoria.

¿El Cristo no os ha dicho todo lo que concierne á las virtudes de la caridad y el amor? ¿Por qué se dejan á un lado sus divinas enseñanzas? ¿Por qué se cierran los oidos á sus divinas palabras y el corazon á sus dulces máximas? Yo querría que se diesen mayor interes y mas fé á las lecturas evangélicas; pero se abandona este libro, se hace de él una palabra hueca, una carta cerrada, se deja este Código admirable en el olvido: vuestros males no provienen mas que del abandono voluntario que hacéis de este resúmen de las leyes divinas. Leed, pues, estas páginas ardientes de la abnegacion de Jesus, y meditadlas.

Hombres fuertes, ceñíos; hombres débiles, haceos amar por vuestra dulzura, por vuestra fé; tened mas persuasion y mas constancia en la propagacion de vuestra nueva doctrina; esto no es mas que un aliciente que os hemos venido á dar, no es mas que para estimular vuestro celo y vuestras virtudes, el que Dios nos permita manifestarnos á vosotros; pero si se quisiera, no habria necesidad de la ayuda de Dios y de propia voluntad: las manifestaciones espíritas no se han hecho para los ojos cerrados y los corazones indóciles.

La caridad es la virtud fundamental, que debe soste-

ner el edificio de todas las virtudes terrestres; sin ella, las demas no existen. Sin caridad, no puede haber esperanza de una suerte mejor; no puede existir el interes moral que nos guía. Sin caridad no hay fé, porque ella es el destello que hace brillar á las almas caritativas.

La caridad es el áncora eterno de la salud en todos los globos; es la mas pura emanacion del Creador; es la propia virtud que da á sus criaturas. ¿Cómo podria desconocerse esta suprema bondad? ¿Cuál seria, con este pensamiento el corazon audaz, perverso para rehusar y rechazar este pensamiento todo dividido? ¿Quién seria el hijo asaz malvado que se rebelara contra esta dulce caricia: la caridad?

Yo no me atrevo á hablar de lo que he hecho, porque los Espíritus tienen tambien el pudor de sus obras; pero creo que he comenzado una de aquellas que debe contribuir, como la que mas, al alivio de vuestros semejantes. Veo con frecuencia, á los Espíritus pedir por mision continuar mi tarea; veo á mis dulces y queridos hermanos en su piadoso y divino ministerio; los veo practicar la virtud que os recomiendo, con toda la alegría que proporciona esta existencia de abnegacion y sufrimientos; es un gran honor para mí, ver cuán honrado es su carácter; cuán amada y dulcemente protegida es su mision. ¡Hombres de bien, de buena y fuerte voluntad, uníos para continuar grandemente la obra de propagacion de la caridad; vosotros encontrareis la recompensa de esta virtud, en su mismo ejercicio; no hay alegría espitital que ella no proporcione en esta vida. Estad unidos, amaos los unos á los otros segun los preceptos del Cristo. Así sea. (SAN VICENTE DE PAUL. Paris, 1858.)

13. Yo me llamo la caridad, soy el camino principal que conduce hácia Dios; seguidme, porque yo soy el punto donde debeis poner la mira.

He hecho esta mañana mi excursion habitual, y con el corazon traspasado os vengo á decir: ¡Oh! amigos míos, ¡qué de miserias! ¡cuántas lágrimas, y cuánto teneis que

hacer para enjuagarlas todas! He procurado inútilmente consolar pobres madres, diciéndoles al oído: ¡valor! hay buenos corazones que velan por vosotras; no se os abandonará! ¡Paciencia! ¡ahí está Dios! vosotras sois sus amadas, sois sus escogidas. Ellas parecían oírme, y volvían hácia mi lado sus ojos extraviados; leía en su pobre semblante, que su cuerpo era el tirano de su Espíritu, tenían hambre, y que si mis palabras tranquilizaban un poco su corazón, no llenaban su estómago. Yo repetía ¡valor, valor! Entonces una madre muy jóven que llevaba á un pequeño niño, lo tomó en sus brazos, y lo extendió en el espacio, como para rogarme que protegiese á aquel pobre pequeño, que no tomaba de su seno mas que un alimento insuficiente.

En otra parte, amigos míos, he visto pobres viejos sin trabajo y muy luego sin asilo, presa de todos los sufrimientos de la necesidad, y avergonzados de su miseria; no se atreven á ir á implorar la piedad de los transeúntes. Con el corazón conmovido de compasión, yo que nada tengo, me he hecho mendigante para ellos, y voy por todas partes á estimular la beneficencia, á inspirar buenos pensamientos en los corazones generosos y compasivos. Por esto he venido á vosotras, amigos míos, y os digo: allí hay desgraciados cuya artesa está sin pan, el fogón sin fuego y la cama desnuda. No os digo lo que debéis hacer; dejo la iniciativa á vuestros buenos corazones; si yo os dictase la línea de conducta que debierais observar, os quitaria ó no os dejaria el mérito de vuestra buena acción; solamente os digo: yo soy la caridad, os tiendo la mano para vuestros hermanos pacientes.

Mas si yo pido, también doy, y doy mucho; yo os convido á un gran banquete y proveo el árbol en que os saciais todos. ¡Ved qué hermoso es, cómo está cargado de flores y de frutos. ¡Andad, andad! ¡tomad, coged los frutos de este bello árbol, que se llama la beneficencia!

En el lugar de las ramas que tomáreis, colocaré todas las buenas acciones que hiciéreis, y lleva:é este árbol á

Dios para que lo cargue de nuevo, porque su beneficencia es inagotable. Seguidme, pues, amigos míos, á fin de que os cuente entre los que se inscriben en mi bandera; estad sin temor; os conduciré á la vida de salud, porque soy la caridad. (CÁRITA, *martirizada en Roma*. Lion, 1861.)

14. Hay muchas maneras de hacer la caridad, que varios de entre vosotros confunden con la limosna; y hay por consiguiente, una grande diferencia. La limosna, mis amigos, es algunas veces útil, porque aligera las pruebas; pero es casi siempre humillante para el que la hace y para el que la recibe. La caridad, al contrario, liga al bienhechor con el obligado, y se disfraza de mil maneras. Se puede ser caritativo con sus parientes, con sus amigos, siendo indulgentes los unos para con los otros; perdonándose sus debilidades, teniendo cuidado de no lastimar el amor propio de nadie; para vosotras, espíritas, en vuestra manera de obrar hácia aquellos que no piensan como vosotras, conduciendo á los menos ilustrados á creer, y esto sin contrariar y sin romper en choque abierto con sus convicciones, sino llevándolos muy finamente á nuestras reuniones, donde podrán oírnos y donde sabremos muy bien encontrar la brecha por donde debemos penetrar hasta su corazón. Hé aquí la caridad, vista por un lado.

Escuchad ahora la caridad hácia los pobres, estos desheredados en la Tierra, pero recompensados de Dios, si saben aceptar sus miserias sin murmurar, y esto depende de vosotras. Voy á hacerme comprender por un ejemplo.

Yo voy varias veces en la semana, á una reunion de señoras: allí las hay de todas edades, para nosotros, ya lo sabeis, todas son hermanas. ¿Qué hacen, pues? Trabajan aprisa, aprisa; sus dedos son ágiles; ved también cuán radiosos están sus semblantes, y cómo laten sus corazones de emoción. Mas ¿cuál es su objeto? es que ven aproximarse el invierno, que será rudo para las po-

bres madres de familia; las hormigas no han podido recoger durante el estío, el grano necesario para la provisión, y la mayor parte de los efectos han subido de precio; las pobres madres se inquietan y lloran, pensando en que sus pequeños hijos, en el próximo invierno, tendrán frío y hambre. Pero ¡paciencia, pobres mujeres! Dios ha inspirado sobre esto, á otras mujeres mas afortunadas que vosotras; ellas se han reunido y os confeccionan pequeños vestidos; despues, uno de esos dias, cuando la nieve haya cubierto la superficie de la Tierra, y que vosotras murmureis diciendo: «Dios no es justo», porque esta es vuestra palabra ordinaria, entonces vereis aparecer un niño de esas buenas trabajadoras que se han constituido en obreras de los pobres; sí, es para vosotras para quienes trabajan así, y vuestra murmuracion se cambiará en bendicion, porque en el corazon de los desgraciados, el amor sigue de muy cerca al odio.

Como es necesario á todas estas trabajadoras darles valor, veo las comunicaciones de los buenos Espíritus llegar de todas partes; los hombres, que hacen parte de esa sociedad, dan tambien su concurso haciendo una de estas lecturas que tanto agradan; y nosotros, para recomendar el celo de todos y de cada una en particular, prometemos á esas laboriosas obreras, una buena clientela, que les pagará plata contante, en bendiciones, única moneda que tiene curso en el cielo, asegurándoles, ademas, y sin temor de ofrecerles demasiado, que no les faltará. (CÁRITA. Lyon, 1861.)

15. Mis queridos amigos, cada dia escucho entre vosotros, que decís: «Yo soy pobre, no puedo ejercer la caridad»; y en cada dia os veo que careceis de indulgencia para con vuestros semejantes; nada les perdonais, y con frecuencia os erigís en jueces á menudo severos, sin preguntaros, si vosotros en el mismo caso, no habríais hecho otro tanto. ¿No es la indulgencia tambien una caridad? Vosotros que no podeis hacer la caridad de la indulgencia, procurad por lo menos hacerla con magnanimidad.

Por lo que respecta á la caridad material, os voy á referir una historia de otro mundo.

Dos hombres acababan de morir; Dios habia dicho: en tanto que estos hombres vivan, se pondrán en un saco cada una de sus buenas acciones, y á su muerte, se me presentarán los sacos. Cuando los dos hombres murieron, Dios hizo que le presentaran los sacos; uno estaba grueso, grande, bien lleno, y sonaba el metal con que estaba lleno; el otro era muy chico y tan angosto y delgado que se veian al través, los escasos sueldos que contenia; cada uno de los hombres reconoció el suyo. Hé aquí el mio, dijo el primero; lo reconozco; yo he sido rico, y he dado mucho. Ved el mio, dijo el otro; yo he sido siempre pobre, no tenia casi nada para compartir. ¡Pero ¡oh sorpresa! de los dos sacos puestos en la balanza, el mas grande vino á ser el mas ligero, y el pequeño se hizo tan pesado que se llevó la balanza de su lado. Entonces dijo Dios al rico: Tú has dado mucho, es verdad; pero lo has hecho por ostentacion, y para ver figurar tu nombre en todos los templos del orgullo, y ademas, al dar, no te has privado de nada; vas á la izquierda y estás pagado de que la limosna te sea contada aún por cualquiera pequeña cosa. Despues, dijo al pobre: Tú has dado bien poco, amigo mio; pero cada uno de los sueldos que están en la bolsa, representa una privacion para tí; si no has hecho la limosna, has hecho la caridad, y es lo que hay de mejor; la has hecho naturalmente, sin pensar que se tendria en cuenta; has sido indulgente; no has juzgado á tus semejantes, sino al contrario, los has disculpado en todas sus acciones; pasa á la derecha, y ven á recibir la recompensa. (UN ESPIRITU PROTECTOR. Lyon, 1861.)

16. La mujer rica, dichosa, que no tiene necesidad de emplear su tiempo en los trabajos domésticos, ¿no puede consagrar algunas horas á trabajar en utilidad de sus semejantes? Que con lo superfluo de sus goces, compre con que cubrir al desgraciado que tiritaba de frío; que haga con sus delicadas manos, groseros, pero calientes ves-

tidos; que ayude á la madre á vestir al hijo que va á nacer; si su hijo tiene algunos encajes de menos, el de la pobre tendrá un poco de calor. Trabajar para los pobres, es trabajar en la viña del Señor.

Y tú, pobre obrera, que nada tienes de supérfluo, pero que quieres en tu amor por tus hermanos, dar de lo poco que posees; da algunas horas de tu trabajo, del tiempo que puedes disponer, tu único tesoro; haz de esas obras elegantes, que gustan á los dichosos; vende el trabajo de tus desvelos, y podrás tambien proporcionar á tus hermanos un poco de alivio; tendrás quizá, algunas cintas de menos, pero darás zapatos al que traiga los piés desnudos.

Y vosotras, mujeres consagradas á Dios, trabajad tambien en su obra, y que vuestras obras delicadas y costosas, no sean hechas solamente para adorno de vuestra capilla, para atraer la atencion sobre vuestra destreza y paciencia; trabajad, hijas mias, y que el precio de vuestras obras sea consagrado al alivio de vuestros hermanos en Dios; los pobres son sus hijos muy amados; trabajar para ellos; es glorificarlo. Sed para los pobres, la providencia que dice: «A las aves del cielo, Dios da el alimento.» Que el oro y la plata que corren por vuestros dedos, se cambien en vestido y alimentos para los que no lo tienen. Hacedlo, y vuestro trabajo será bendecido.

Y vosotros, todos los que podeis producir, dad, dad vuestro genio, vuestras inspiraciones, vuestro corazon, que Dios os bendecirá. Poetas y literatos, que no sois luz, sino para las gentes medianamente ilustradas, satisfaced sus ócios; pero que el producto de algunas de vuestras obras, sea consagrado al alivio de los desgraciados. Pintores, escultores, artistas de todos géneros, que vuestra inteligencia venga en ayuda de vuestros hermanos; por ello no tendreis menos gloria, y sí habrá algunos sufrimientos menos.

Todos vosotros podeis dar, en cualquiera escala que os encontreis; teneis alguna cosa de que podreis partici-

par; cualquiera cosa que sea lo que Dios os ha dado, debeis una parte de ella al que carece de lo necesario, porque vosotros en su caso, estaríais muy contentos de que partiesen con vosotros. Vuestro tesoro de la Tierra, será disminuido; pero el del cielo será mucho mas abundante: allí recogeréis centuplicado lo que hubiéreis sembrado en beneficios, aquí abajo. (JUAN. Burdeos, 1861.)

La Piedad.

17. La piedad es la virtud que mas nos aproxima á los ángeles, es la hermana de la caridad, que os conduce á Dios. ¡Ah! dejad vuestro corazon enternecerse al espectáculo de la miseria y de los sufrimientos de vuestros hermanos; vuestras lágrimas son bálsamo que derramais sobre sus heridas, y cuando por una dulce simpatía, llegais á devolverles la esperanza y la resignacion, ¡qué encantos experimentais! Es cierto que tiene alguna amargura, porque nacen al lado de la desgracia; pero si no tienen la acritud de los goces mundanos, tampoco tienen las punzantes espinas del hastío que estos dejan; hay en él una suavidad penetrante que regocija el alma. La piedad bien comprendida es el amor, el amor es la abnegacion, la abnegacion es el olvido de sí mismo, y este olvido y abnegacion en favor de los desgraciados, es la virtud por esencia, la que practicó toda su vida el divino Mesías, y que ha enseñado en su doctrina tan santa y sublime. Cuando esta doctrina sea vuelta á su pureza primitiva, será admitida por todos los pueblos, dará la felicidad á la Tierra, haciendo reinar la concordia, la paz y el amor.

El sentimiento mas propio para haceros progresar, domando vuestro egoismo y orgullo, el que dispone vuestra alma á la humildad, á la beneficencia y al amor del prójimo, es la piedad; la piedad que conmueve hasta vuestras

entrañas ante los sufrimientos de vuestros hermanos, que os hace tenderles una mano caritativa y os arranca simpáticas lágrimas. No sofoqueis jamás en vuestros corazones esa emoción celestial; ni hagáis como esos egoístas endurecidos que se alejan de los afligidos, porque la vista de su miseria turbaría un instante su alegre existencia; temed permanecer indiferentes, cuando podéis ser útiles. La tranquilidad comprada con el precio de una indiferencia culpable, es la tranquilidad del mar Muerto, que oculta en el fondo de sus aguas la base fétida de la corrupción.

¡Cuán lejos está la piedad, no obstante, de causar el desorden que espanta al egoísta! sin duda el alma experimenta al contacto de la desgracia de otro, y volviendo sobre sí misma, una sorpresa natural y profunda, que hace vibrar todo su ser, y os afecta penosamente; pero la compensación es grande cuando llegáis á conseguir volver el valor y la esperanza á un hermano desgraciado, á quien enternece la presión de una mano amiga, y cuya mirada húmeda á la vez de emoción y reconocimiento, se vuelve dulcemente hácia vosotros, antes de fijarse en el cielo para darle gracias por haberle enviado un consolador, un apoyo. La piedad es el melancólico pero celestial precursor de la caridad, que es la primera de las virtudes y de la que es hermana, prepara y ennoblece sus beneficios. (MIGUEL. Burdeos, 1862.)

Los huérfanos.

18. Hermanos míos, amad á lo huérfanos. ¡Si supierais cuán triste es el estar solo y abandonado, sobre todo, en la tierna edad! Dios permite que haya huérfanos, para empeñarlos á servirles de padre. ¡Qué divina es la caridad de ayudar á una pobre criatura abandonada, impedir que sufra el hambre y el frío y dirigir su alma, á fin

de que no se extravié en el vicio! Quien tiende la mano al niño abandonado, es agradable á Dios, porque comprende y practica su ley. Pensad también en que á menudo, el niño que socorreis os ha sido un ser querido en otra encarnación; y si pudiérais reconocerlo no sería una caridad sino un deber. Así, pues, amigos míos, todo ser paciente es vuestro hermano y tiene derecho á vuestra caridad; no esa caridad que hiere el corazón; no esa limosna que quema la mano que la recibe, porque vuestros óbolos son á menudo muy amargos. ¡Cuántas veces serían rehusados si, en la bohardilla, no los esperasen la enfermedad y la desnudez! Dad delicadamente; añadid al beneficio una buena palabra, una caricia, una sonrisa de amigos; evitad ese tono de protección que destroza el corazón y lo hace sangrar; y pensad que haciendo el bien, trabajáis por vosotros y los vuestros. (UN ESPIRITU FAMILIAR. Paris 1860.)

19. *¿Qué se debe pensar de las gentes que, habiendo sido pagadas de sus beneficios con la ingratitud, no vuelven á hacer bien por miedo de encontrarse ingratos?*

Estas gentes tienen más egoísmo que caridad, porque hacer el bien por recibir muestras de reconocimiento, no es hacerlo con desinterés; el beneficio desinteresado es el único agradable á Dios. También hay en ellos orgullo, porque se complacen en la humillación del obligado, que viene á poner su reconocimiento á sus pies. El que busca en la Tierra la recompensa del bien que hace, no la recibe en el cielo; pero Dios se lo tendrá en cuenta al que no la busque en la Tierra.

Siempre es necesario ayudar á los débiles, aunque se sepa de antemano que aquellos á quienes se hace el bien, no quedarán contentos de él. Sabed que si aquel á quien prestáis un servicio olvida el beneficio, Dios os remunerará más que si estuviérais ya recompensados por el reconocimiento de la persona obligada. *Dios permite que algunas veces seáis pagados con la ingratitud, para probar vuestra perseverancia en hacer el bien.*

¿Qué sabeis, por otra parte, si el beneficio olvidado por un momento, no llevará para mas tarde buenos frutos?

Estad ciertos, al contrario, que es una semilla que germinará con el tiempo. Desgraciadamente no veis mas que el presente; trabajais para vosotros y no para los demás. Los beneficios acaban por ablandar los corazones mas endurecidos; pueden ser desconocidos aquí; pero cuando el Espíritu se haya desembarazado de su velo carnal, recordará, y ésto sera su castigo; entonces sentirá su ingratitud, y querrá reparar su falta y pagarla en otra existencia, á menudo aún aceptando una vida de abnegacion hácia á su bienhechor. Así es como, sin que lo dudeis, habreis contribuido á su progreso moral, y reconocereis mas tarde la verdad de esta máxima: «Un beneficio jamas se pierde.» Mas habreis trabajado en vuestro provecho, porque tendreis el mérito de haber hecho el bien desinteresadamente, y sin haberos desalentado por las decepciones.

¡Ah! mis amigos, si conociéseis todos los lazos que en la vida presente os unen á vuestras existencias anteriores; si pudiéseis abrazar la multitud de relaciones, que aproximan unos seres á los otros para su mútuo progreso, admiraríais mucho mejor aún la sabiduría y la bondad del Creador, que os permite revivir para llegar á El. (GUIDO, PROTECTOR. Sens, 1862.)

20. *¿La beneficencia es bien entendida, cuando es exclusiva entre las gentes de una misma opinion y de una misma creencia ó de un mismo partido?*

No, es necesario, sobre todo, abolir el espíritu de secta ó de partido, porque todos los hombres son hermanos. El verdadero cristiano no vé mas que hermanos en sus semejantes, y antes de socorrer al que esté necesitado, no debe consultar ni su creencia ni su opinion, cualquiera que sea. ¿Seguirá el precepto de Jesucristo que manda amar aún á sus enemigos, el que rechace á un desgraciado porque tenga una fé distinta de la suya? Que lo so-

corra sin preguntarle nada con relacion á su conciencia, porque si es un enemigo de la religion, es un medio para hacerle que la ame; rechazándole, se le hará aborrecerla. (SAN LUIS. Paris, 1860.)